

## VII

Los negocios iban, pues, de mal en peor á los ojos de aquel pesimista que se llamaba Caton.

Ciceron por su parte habia aprendido, á costa suya, á ser prudente. Es verdad que solia murmurar y burlarse de todo en voz baja,—eran cosas que no podia evitar,—pero saludaba á Pompeyo y se sonreia con él, y escribia cartas á César en que le decia que lo miraba como á otro él mismo.

Verdad es tambien que César por su parte le prodigaba toda clase de ternuras—epistolares por supuesto.

Hé aquí alguna, como muestra:

“Me recomendais á Marco Orfio; bueno: haré de él un rey galo, á menos que no prefirais que lo haga teniente de Lepta.

“¿Quereis enviarme algun otro para que lo enriquezca? Hacedlo.”

Hé ahí cómo se procedia en Roma en aquella época.

Ciceron en contestacion le mandaba á Tribacio, “al cual hacia pasar, de sus débiles manos á las fieles y victoriosas de César.”

Y terminaba así su carta:

“Cuidad vuestra salud y queredme como sabeis querer. [*El me ut amas, ama*].”

Escusado es decir que ya no se burla de Craso,—en voz alta al menos,—y que solo en sus cartas continúa llamándolo el Calvo y el Millonario; aplaude sus proyectos cuando lo encuentra, y lo felicita por sus futuras victorias sobre los partos.

Craso á su vez le confia sus esperanzas. ¡Sus victorias sobre los partos! No se limitará á ellos solos. Va á probar que las hazañas de Lúculo contra Tigranes y las de Pompeyo contra Mitrídates no han sido sino juegos de niños. El va á renovar la marcha triunfal de Alejandro y á penetrar por la Bactriana en la India, no deteniéndose sino en el mar exterior.

Sin embargo, el decreto que nombraba á Craso procónsul de Siria, no decia una palabra de la guerra partica; pero todo el mundo sabia que era su idea fija;—hasta César le escribia desde las Galias elogiando su proyecto y escitándolo á llevarlo á cabo.

Por lo que hace á Pompeyo, Plutareo en esa época

ca no habla sino de su amor; el acto mas importante de su consulado es pasear su mujer por toda Italia; la muestra á las poblaciones y quiere que se admire á la que él ama: de Julia por su parte solo se dice que profesa el mayor afecto á Pompeyo.

En medio de las ligerezas conyugales de aquel tiempo, casi es un escándalo semejante amor en una mujer de veinte años hácia un marido de cincuenta.

Así es que, Plutarco se cree obligado á dar algunas esplicaciones sobre el particular.

“La ternura de Julia, dice, provenia de la discrecion de Pompeyo y de su gravedad natural, que no tenia nada de austera y hacia su sociedad dulce y llena de encantos.”

Y pueden creerse esos detalles íntimos, pues los daba una mujer que debia conocerlos, la cortesana Flora.

Desgraciadamente Pompeyo no podia estar siempre al lado de su mujer.

Iban á nombrarse nuevos ediles, y como cónsul debia presidir la eleccion.

Así, pues, fué al campo de Marte. La eleccion fué tempestuosa; los partidos llegaron á las manos y varias personas fueron muertas y heridas á su lado; lo salpicaron de sangre y tuvo que cambiar de trage. Al efecto mandó á buscar otra toga á su casa, haciendo llevar la ensangrentada.

A la vista de la sangre, Julia creyó que su marido habia sido asesinado, y se desmayó.

Estaba en cinta.

El desmayo fué largo; habia atacado las fuentes de la vida, y Julia dió á luz un hijo muerto.

Aquel pequeño drama doméstico interesó á Roma por Pompeyo, é hizo creer en el amor real de la mujer hácia el marido.

Tres meses despues tuvo Roma una nueva prueba de aquel amor: se anunció oficialmente á los clientes de la quinta del monte Albano, que Julia estaba otra vez en estado interesante.

En seguida anunció Pompeyo que iba á dar juegos al pueblo. ¿Lo hizo por adquirir popularidad ó para celebrar aquella feliz noticia? Poco le importaba á Roma cuál fuera la causa. Lo que queria era divertirse.

Pompeyo decia que lo hacia para conmemorar la dedicacion de Vénus Victoriosa.

Los juegos que iba á dar eran cazas de animales. Ese era uno de los espectáculos á que los romanos se mostraban mas aficionados; remontaban ya á mas de dos siglos; la primera vez que habian tenido lugar habian sido á la vez magníficos y terribles.

En el año 503 de Roma se habian matado en el Circo á flechazos y disparos de javalina ciento cuarenta y dos elefantes. No habia sido un lujo sino una

necesidad: aquellos animales habian sido cogidos en una batalla contra los cartagineses, y la República, demasiado pobre para mantenerlos y demasiado prudente para regalarlos á sus aliados, habia dispuesto quitarles la vida.

En el año 583, en los juegos dados por Scipion Nasica y Publio Léntulo, se habia visto combatir sesenta y tres panteras y otros cuarenta animales entre osos y elefantes.

En el año 655, Clodio-Pulcher—sin duda el padre de nuestro Clodio,—hizo combatir tambien cierto número de elefantes durante su edilidad curul.

Un simple ciudadano llamado P. Servilio, habia adquirido cierta celebridad por haber dado una caza en que habian muerto trescientos osos y otros tantos leopardos y panteras.

Sila, siendo pretor, habia dado una caza de cien leones melenudos, esto es, del Atlas, pues ya se sabe que los de Numidia, Abisinia y el Yémen carecen de ese adorno.

En fin, sobrepujando á todos, Pompeyo daba entonces una caza de seiscientos leones, de ellos trescientos quince melenudos, y veinte elefantes.

Bestiarios y criminales combatieron contra los leones; gétulos armados de flechas y javalinas contra los elefantes.

Un antiguo senado-consulta prohibia llevar pan-

teras á Italia; sin duda se temia que se escapase una pareja de esos animales y que, llegando á propagarse, causasen estragos; pero en el año 670, esto es, treinta años antes de la época de que nos estamos ocupando, el tribuno C. Aufidio presentó de nuevo aquella cuestion al pueblo. Este anuló el senado-consulta, siéndole completamente indiferente que fuesen devorados algunos aldeanos.

Seuro aprovechó la abolicion de la ley, é hizo degollar ciento cincuenta panteras en los juegos de su edilidad.—Pompeyo en su consulado habia hecho subir el número hasta cuatrocientas diez.

La pregunta que á cualquiera se le ocurre naturalmente al ver semejante profusion, es la siguiente: ¿de dónde y cómo se sacaban trescientos leones melenudos para llevarlos á matar delante del pueblo romano?

La cosa, sin embargo era muy sencilla; á unos pueblos se les imponia tributo de dinero y á otros de animales feroces; el Africa satisfacía su cuota de este último modo.

Pero ahora se ocurre tambien esto: ¿qué espantosa cantidad de animales feroces alimentaba el Africa en esa época que se le podian sacar sin agotarla semejantes contribuciones? Y téngase presente que se obligaba al cazador á coger la caza sin herirla ni

lastimarla. ¡Y qué caza! Hipopótamos, cocodrilos, panteras, leones, rinocerontes y elefantes!

Mientras llegaba el día de los juegos, aquellos animales estaban guardados en jaulas; el pueblo podía ir á visitarlos y de ese modo tenía el doble goce de verlos combatir primero en la imaginacion y despues en realidad.

Pompeyo habia llegado al punto culminante de su felicidad y de su fortuna. Una desgracia privada iba á ser la primera advertencia del destino.

Julia no se habia repuesto nunca del todo del síncope que le habia causado la vista de la toga de Pompeyo salpicada de sangre; su segundo embarazo habia sido penoso y murió al llegar á su término. El niño fué estraído vivo del seno de la madre, pero al cabo de una semana murió tambien.

Pompeyo se mostró desesperado; quiso inhumar su mujer en la quinta del monto Albano, para tener siempre la tumba ante los ojos; pero el pueblo invadió aquella morada, se apoderó del cadáver á la fuerza y lo llevó al Campo de Marte.

Allí lo quemó con gran pompa, con perfumes y aromas.

Pero—cosa rara—el pueblo hizo aquel honor á la hija de César ausente; no á la mujer de Pompeyo presente; y el nombre del gobernador de las Galias corrió de un extremo á otro de la ciudad con motivo

de aquella fúnebre ceremonia, como sucedia siempre por el mas leve motivo. Jamas se habian ocupado tanto de él como durante su ausencia.

Craso hacia sus preparativos de marcha para la Siria.

Pero antes que partiese iba á tener lugar en Roma un gran acontecimiento.

## VIII

Iba á espirar el consulado de Pompeyo y Craso, y Annio Milon, Plancio Hipseo y Metelo Scipion se presentaron á solicitarlo.

Clodio se presentó á su vez á solicitar la pretura. —Ya hemos dicho que esa magistratura se solicitaba cuando se estaba arruinado; manifestar un hombre ese intento era lo mismo que decir á sus acreedores: “Decididamente voy á tener juicio; dadme vuestro voto y os pagaré capital é intereses á espensas de mis administrados.”

Al lector le consta la enemistad que reinaba entre Milon y Clodio.

Este último sabia muy bien que su pretura seria nula si aquel llegaba á ser cónsul.

Así, pues, empezó á zapar su candidatura y á apoyar la de Scipion é Hipseo.

Entonces volvieron á tener lugar las escenas de muerte é incendio que hemos contado arriba; esas escenas aplazaban á cada instante los comicios, de modo que llegó el mes de Enero sin que se hubiesen elegido cónsules ni pretores.

Las *personas honradas* estaban por Milon, y el *pueblo*,—repárese que en la antigüedad se separa siempre al pueblo de las personas honradas,—el pueblo, decimos, estaba por Hipseo y Scipion.

Viendo el Senado que aquello no tenia fin, decidió nombrar un *interrey*.

La eleccion recayó en Emilio Lépidio.

¿Qué era un *interrey*?

Vamos á decirlo.

Quando á causa de oposicion de los tribunos, ó por ser los augurios desfavorables, se retardaban los comicios hasta el punto de no estar elegidos los cónsules al empezar el año, entonces tenia lugar lo que se llamaba un *interregno*, pues los cónsules del año anterior cesaban en sus funciones sin tener quienes les sucediesen.

El Senado, en ese caso, proveía el gobierno nombrando un *interrey*; este era un magistrado, cuyo poder, igual al de los cónsules, no podía durar mas que cinco dias; reunia los comicios, los presidia y entregaba su autoridad á los cónsules así que estos

eran elegidos: al cabo de cinco dias, si eso no habia tenido lugar, se nombraba otro interey.

Consúltese á Tito Livio y se verá que una vez permaneció el poder consular por espacio de cincuenta y cinco dias en manos de once intereyes.

Ahora bien; al dia siguiente de aquel en que Emilio Lépidio habia sido nombrado interey, el 13 de las calendas de Febrero, ó sea el 20 de Enero del almanaque moderno, dirigiéndose Milon á Lanuvium, ciudad municipal de la cual era dictador, á fin de elegir allí un flaminio, encontró, á eso de la nona hora del dia, esto es, á las tres de la tarde, á Clodio, que volvia de Aricia, y que se habia detenido cerca del templo de la Buena Diosa, á fin de hablar al decurion de los aricios.

Clodio iba á caballo, seguido de veinte esclavos armados de espadas; á su lado iban un caballero romano, Casidio Scola, y dos plebeyos, dos hombres nuevos, dos cualesquiera, P. Pomponio, y C. Clodio, su sobrino.

Milon viajaba en carruaje; habia seguido primero un camino de travesia y luego habia entrado en la via Appia por donde se alza hoy la aldea de Genzano; de ese modo habia llegado á cruzarse con Clodio algo mas abajo de Albano. Llevaba consigo á Fausta, su mujer, y á M. Tufio, su amigo; lo acompañaban doble número de esclavos que á Clodio y

unos veinte gladiadores, entre los cuales se encontraban dos hombres célebres por su fuerza y agilidad, Eudamo y Birria.

Estos iban detras, formando la retaguardia, y tuvieron una pendencia con los esclavos de Clodio. El ex-tribuno oyó el ruido y acudió en seguida. El lector conoce su carácter. Se adelantó amenazando á los dos gladiadores, y uno de ellos le dió un lanzazo que le atravesó un hombro.

Clodio, herido gravemente, cayó del caballo, y sus esclavos lo llevaron á una taberna.

Los dos gladiadores, no sabiendo si habian hecho bien ó mal, se apresuraron á alcanzar la escolta de Milon; pero habiendo vuelto atras algunos pasos para ver si eran perseguidos, habian notado el sitio adonde habia sido conducido Clodio.

Milon notó que ocurría algo en su escolta. Los esclavos cuchicheaban y miraban hácia atras; unos se reian y otros manifestaban temor.

Preguntó lo que pasaba.

El gefe de los esclavos se acercó al carruaje, que se habia parado, y contó á su amo que uno de los gladiadores acababa de herir gravemente á Clodio, el cual habia sido trasportado á una taberna. Al mismo tiempo le mostró el edificio con el dedo.

Milon reflexionó un momento.

—Puesto que está herido, dijo, lo mismo es que muera. Nada peor podrá sucederme; al contrario.

Y dirigiéndose al jefe de los esclavos:

—Fusteno, añadió, coge cincuenta hombres, entra en la taberna y haz de modo que Clodio sea rematado en la pelea.

Fusteno cogió los cincuenta esclavos, llegó á la taberna y se puso á buscar á Clodio; este se habia ocultado, pero Fusteno lo buscó de tal modo, que al fin lo encontró.

Diez minutos despues yacia un cadáver en la vía Appia con la cara contra el suelo.

Por supuesto que Milon no se detuvo para ver la ejecucion; continuó su camino confiando en Fusteno,

Ya hemos visto que este correspondió á aquella confianza.

Un senador, Sesto Toedio, volvia del campo á Roma. Vió un cadáver en medio de la vía, se apeó de su litera, lo examinó y reconoció á Clodio.

En seguida lo hizo meter en su litera, y yendo él á pié lo condujo á Roma.

Expropiado Clodio de las casas de Ciceron, habia comprado á Scauro una especie de Palacio en el monte Palatino. Allí fué donde Sesto Toedio depositó el cadáver.

Fulvia acudió corriendo en cuanto tuvo noticia del suceso.—Al igual de todos los pícaros, Clodio era

adorado de las mujeres, y en particular de la suya.— Fulvia, pues, se puso á dar gritos y apareció en el dintel de la casa arrancándose el pelo, arañándose la cara y mostrando el manto ensangrentado de su esposo.

En un momento se vió llena la casa de gente del pueblo. La muerte de Clodio habia reavivado su popularidad.

Eso pasaba la tarde misma del asesinato. El cuerpo habia llegado al Palatino hácia la hora de prima, esto es, á eso de las seis de aquella.

La noche trascurrió en medio de las lamentaciones de Fulvia y los proyectos de venganza de los clientes de Clodio.

Al dia siguiente en cuanto amaneció, aumentó la multitud; seis ú ocho mil hombres del pueblo se agrupaban al rededor de la casa, y de tal modo se empujaban unos á otros que tres ó cuatro murieron ahogados.

En medio de la multitud estaban dos tribunos del pueblo, Minucio Plancio y Pomponio Rufo. Siguiendo sus consejos, el pueblo cogió el cadáver y lo llevó desnudo, pero todavía calzado,—en el estado, en fin, en que lo habian colocado en la cama para que pudieran verse sus heridas,—á la tribuna de las Arengas, donde Plancio y Rufo, partidarios de Clo-

dió, empezaron con sus declamaciones á amotinar el pueblo contra el asesino.

Entonces los artesanos y los esclavos á quienes Clodio habia ofrecido tantas veces su libertad, cogieron el cuerpo y lo bajaron á la Curia Hostilia, donde lo quemaron, improvisando una pira con las mesas y los bancos de los tribunales y del senado. Además, alimentaron el fuego con los legajos de los escritores copistas.

Hacia viento y la pira incendió la curia; de allí el fuego se comunicó á la famosa basílica Porcia, que Caton habia defendido con peligro de su vida, y la cual fué destruida por completo.

Después los fanáticos corrieron á sitiar las casas de Milon y del interey.

Milon estaba ausente: contra él era un acto de pura y simple venganza; pero contra Lépidó era un acto de política. Se queria obligarle á reunir los comicios y aprovechar la irritacion que habia contra Milon para conseguir por sorpresa el nombramiento de Scipion Hipseo.

Pero Lépidó no se dejó intimidar. Cerró las puertas, reunió su esclavos, sus servidores y la guardia que tenia como interey, se puso á su cabeza y rechazó los asaltantes á flechazos.

Una docena de ellos quedaron en el campo de batalla.

Visto aquello por los otros, volvieron al Forum, cogieron las haces del lecho libitinario y las llevaron á las casas de Scipion é Hipseo, los cuales no osaron tomarlas.

Entonces el pueblo las llevó á Pompeyo,—que, como siempre, estaba retirado en sus jardines,—saludándolo á voces con los títulos de cónsul y dictador. Luego, sabiendo que ocho ó diez de los suyos habian sido muertos ó heridos por Lépidó y sus servidores, volvió en confusa multitud á sitiar la casa del interey, la cual al fin fué tomada el quinto dia del interregno.

Una vez derribadas las puertas, los furiosos se esparcieron por la casa, arrojaron al suelo las estatuas de los antepasados de la familia Emilia que estaban colocadas en el atrio, rompieron la cama y los muebles de Cornelia, mujer de Lépidó, y sitiaron de nuevo á éste en la parte mas retirada del edificio. Allí sin duda lo hubieran degollado si Milon, que habia huido al pronto de Roma y habia vuelto después á ella con crecido número de parciales para pedir los comicios, no hubiese acudido en su auxilio y llevóle á otro paraje.

Roma, pues, se bañaba en fuego y sangre; esta corria por las calles, y la curia y la basílica humeaban aún.



## IX

Aquellas violencias habian servido de contrapeso á la muerte de Clodio, de modo que Milon, como hemos visto, sabiendo el cambio de opinion que se verificaba en su favor, no habia titubeado en volver á Roma.

Una vez allí, habia seguido pretendiendo el consulado, haciendo distribuir públicamente á todos los ciudadanos que quisieran aceptarlos mil ases por cabeza, esto es, siete pesos de nuestra moneda.

Pero aquellas liberalidades no dieron resultado alguno. La muerte de Clodio habia entrado demasiado profundamente en el corazon del pueblo, y de su herida habia brotado un odio profundo contra Milon. En vano el tribuno M. Cœlio, Q. Hortensio, T. Ciceron, Marcelo, Caton y Fausto Sila tomaron su defensa; nada pudo calmar la efervescencia que habia

contra él. Los comicios se veian turbados cada dia con nuevos motines. En fin, aquellos desórdenes tomaron tal carácter de gravedad, que un senado consulto ordenó al interey, á los tribunos del pueblo y á Pompeyo que cuidasen de que la República no sufriese daño alguno.

¿Hasta qué punto era extraño Pompeyo á aquellos disturbios? Dificil es decirlo. Lo cierto es que él fué el único que sacó provecho de ellos.

El 5 de las calendas de Marzo, esto es, el 23 de Febrero, Pompeyo fué proclamado cónsul único por el interey Servio Sulpicio, y en el instante tomó posesion de su magistratura.

Una vez en el poder, Pompeyo conoció que para mantener su influencia necesitaba restablecer al momento la tranquilidad. ¿Quién la turbaba? Los que pedian que se encausase á Milon.

Ahora bien; ¿era Milon culpable, ó al menos se le acusaba de haber hecho asesinar á Clodio? Sí, ¿Era Clodio ciudadano romano? Indudablemente. ¿Debia Milon ser castigado si se le reconocia culpable, y absuelto si lograba mostrar su inocencia? Indudablemente tambien.

Pompeyo, pues, resolvió encausar á Milon, aunque este fuera su hechura, aunque tres años antes lo hubiese puesto él mismo en la esfera en que se hallaba.

En consecuencia, á los tres dias de su instalacion pidió un senado consulto que lo autorizase para establecer dos tribunales escepcionales, dos especies de cortes marciales que pudiesen juzgar con mas atencion y mas severidad que los tribunales ordinarios.

Era ensayar la dictadura y nadie se dejó engañar.

El tribuno Cœlio se opuso á aquella pretension con todo su poder, pero Pompeyo, sabiendo que tenia en su favor á todas las personas á quienes les importaba poco que él fuera dictador con tal que devolviese la tranquilidad á Roma, declaró que no tenia nada que ver con la oposicion de los tribunos y que en caso de necesidad sabia defender á la República con las armas.

Pobre República! bien necesitaba, en efecto, que la defendieran!

La oposicion del tribuno desapareció bajo la presion de las clases ricas y aristocráticas.

La ley se espidió; se establecieron dos tribunales de escepcion y se entablaron tres acusaciones contra los autores de los disturbios: una de violencia.— en la cual estaban comprendidos los incendios de la curia Hostilia y de la basilica Porcia, lo mismo que la muerte de Clodio,—otra de solicitud de cargo público y otra de captacion de sufragios.

El pueblo eligió á L. Domicio Ahenobarbo para

cuesitor del tribunal de violencia y solicitud de cargo público, y á A. Torcuato para el de captacion de sufragios.—El cuesitor, como lo indica su nombre, era á la vez lo que son hoy entre nosotros el alcalde mayor y el promotor fiscal.

Appio Clodio, el mayor de los dos hermanos, fué quien presentó la primera acusacion.

Héla aquí:

“En el tercer consulado de Cneo Pompeyo el Grande, cónsul único, el 8 de los ídas de Abril, ante los cuesitores Domicio y Torcuato, declara Appio Clodio que en virtud de la ley Pompeya sobre violencia, acusa á T. Annio Milon, diciendo que el 3 de las calendas de Febrero último hizo asesinar á Clodio en la taberna de Coponio, situada en la vía Appia. Pide, pues, que de conformidad con dicha ley sea condenado T. Annio Milon á la interdiccion del agua y el fuego.”

Aquello era el destierro. Como se recordará, ningun ciudadano romano podia ser condenado á muerte.

Domicio registró los nombres de Appio Clodio como acusador y de Annio Milon como acusado, y fijó el comparendo para el 6 de los ídus de Abril. Se concedian diez dias á Milon para preparar su defensa.

La audiencia debia celebrarse, como de costumbre, en el Forum, en el tribunal del pretor, entre la

vía Sacra y el canal, y empezar á la primera hora del día, esto es, á las seis de la mañana.

Cualquiera hubiera dicho que nadie se había acostado en Roma en la noche que precedió á aquel día, al ver lo atestado de gente que estaba la plaza cuando aparecieron los primeros rayos del sol tras la montaña de la Sabina.

Aquel movedizo mar había subido, durante la noche, del piso de la plaza á los escalones de los templos, que parecían gradas hechas exprofeso para recibir espectadores; luego de allí habían pasado á los techos, y todos ellos estaban cubiertos de curiosos que ondulaban en aquella altura como mieses aéreas. Los había sobre la cárcel pública, sobre los templos de la Fortuna y de la Concordia, sobre el Tabularium, sobre las murallas del Capitolio, sobre las basílicas Paula y Argentaria, sobre los arcos de Jano y de Fabio, sobre la Grecoetacia y hasta sobre el monte Palatino.

Como se comprenderá, las tres cuartas partes de los espectadores no podían oír nada, en el sentido exacto de esa palabra; pero para los antiguos romanos, lo mismo que para los italianos modernos ver es oír.

A las seis y media de la mañana subió un heraldo á la tribuna y anunció al acusador y al acusado.

En efecto, casi en el mismo instante aparecieron uno y otro.

Un murmullo acogió la aparición de Milon, no tanto por ser el asesino de Clodio, cuanto porque el tribuno, desdeñando la costumbre establecida, no se había dejado crecer la barba ni el pelo,—crecimiento que de cualquier modo, sobre todo el del último, no hubiera sido muy visible en diez días,—y además porque llevaba una toga elegante en vez de la sucia y desgarrada que era uso ponerse en tales casos.

Tampoco afectaba el aire de humildad y sumisión con que los acusados se presentaban en Roma ante sus jueces.

Lo acompañaban sus amigos y sus parientes, con aspecto triste y traje descuidado, haciendo con él completo contraste.

Llevaba seis defensores, á cuyo frente iba Cicerón, orador de la causa.

El acusador, el acusado y los defensores ocuparon sus asientos.

Entonces Domicio hizo traer unas pequeñas bolas en que estaban inscritos los nombres de porción de ciudadanos puestos en una lista redactada por Pompeyo, las echó en una canastilla y sacó ochenta y una, que dieron ochenta y un nombres, esto es, el total de los jueces fijados por la nueva ley.

Cada juez,—todos los apuntados en la lista esta-

ban reunidos en un punto inmediato,— así que oía su nombre, iba á ocupar su puesto en el hemiciclo, á menos que presentase una escusa para dispensarse de juzgar.

Formado el tribunal, el cuesitor hizo prestar juramento á los jueces. El fué el único que no lo prestó, atendido que no era juez, sino solo el instructor, el director de los debates, el escrutador de los votos y el ejecutor de la ley.

Ordinariamente los debates empezaban con la queja del acusador, á la cual seguía la audiencia de los testigos citados por él; pero entonces se estaba bajo el imperio de la ley Pompeyo, la cual disponía que se empezase por la audiencia de los testigos.

Así, pues, estos fueron oídos los primeros.

La audiencia duró desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Hacia la hora décima el heraldo anunció que los testigos *habían dicho*.

La primera formalidad de la causa había, pues, absorbido todo el primer día.

La multitud empezaba á retirarse cuando Minucio se lanzó á la tribuna exclamando:

—Pueblo, mañana se pronuncia el fallo sobre el infame Milon. Cierra tus tabernas y ven aquí en masa á impedir que el asesino se libre de una justa venganza.

—Jueces! gritó á su vez Ciceron; ya lo oís! se invita á los hombres que Clodio alimentaba con el bandidaje y la rapiña á venir mañana aquí á prescribir vuestro fallo! Que esa impudente amenaza os sirva de advertencia para hacer plena justicia á un ciudadano que ha despreciado siempre toda clase de bandidos cuando era cuestion de proteger á las personas honradas.

Todos se separaron en medio de un tumulto espantoso.

*DOMITILIO*

*PINA*

*[Signature]*